

JIMÉNEZ ESTRELLA, Antonio, Lozano Navarro, Julián J., Sánchez-Montes González, Francisco (eds.) (2024). *La construcción de la memoria. El pasado y sus relatos en la Monarquía Hispánica*. Granada: Comares Historia, 270 pp. ISBN 978-84-1369-691-1.

El recurso al pasado como justificación del presente ha sido una práctica común a la que de manera muy humana se recurre. Nada de sorprendente que, siendo las personas y las sociedades que producen, actores en el tiempo haya sido sobre él que se busque encontrar la explicación de los propios hechos, de la propia situación y del propio contexto. Esto establece una relación de dependencia del pasado hacia un presente que necesita conocerlo, en todo o en parte, e incluso que no dudará en fabricarlo bien con burdas invenciones, bien iluminando sólo aquellos rincones que funjan como eslabones de la cadena de su autojustificación. Eso es lo que habitualmente llamamos memoria y que es, por definición, individual, aunque, de forma harto problemática, asumimos que pueda ser colectiva, cuando, en realidad, su imposición corresponde más bien a mecanismos de hegemonía y disciplina.

En los tiempos que corrieron antes de la Revolución Liberal, la necesidad de apropiarse y de producir ese pasado era aún más perentoria que en nuestro presente, al menos no en el presente que evita las sendas del idealismo alemán, pues era en su continuidad donde se buscaba la confirmación de estatutos

jurídicos heredados y no sólo de los posicionamientos coyunturales o de las calidades morales reclamadas. Nada tiene de extraño, y en las dos últimas décadas la historiografía ha acudido a ese combate con las armas de la historia cultural y de la Antropología, convertir en materia de historia cómo, quién, cuándo y por qué hizo un esfuerzo en construir memoria. Lejos de una especialidad, vista en cierta forma como un apéndice la historia literaria clásica, el análisis de la memoria surge como un instrumento de aproximación a formas de historia globales, interesantes y complejas, que colocan su foco en lo político, lo jurídico, lo cultural o lo social; no es para menos, dado que, y más aún en aquellos siglos, en esos elementos el ejercicio de memoria era un mecanismo medular de afirmación, bien del ser de cada cual, bien de su posición en un entramado que se quería inmutable y coherente, y que, no obstante, tenía mucho de azaroso y mudable.

El libro que edita el equipo de trabajo de la Universidad de Granada entronca con una preocupación notable sobre estos objetos, una atención que se le ha dado bien desde las propias filas del equipo editor, que lidera a escala ibérica este tipo de trabajos, bien, desde otros bastiones de la historiografía: por ejemplo, el que construye los estudiosos sobre la corografía y los cronistas regios. Desde ahí y desde otras empresas se ha estado prestando en el último cuarto de siglo una atención creciente al ejercicio de la producción del discurso sobre el pasado. Este libro, no obstante, va

mucho más allá. La docena de capítulos que lo integran, junto al sabio prólogo de Francisco Andújar que se desearía se hubiera maridado con unas conclusiones analíticas y explícitas de los editores, muestran la omnipresencia del dialogo pasado-presente en los ámbitos más diversos de la Monarquía Hispánica. No hay que ver en tal policromía el típico ejercicio de dispersión temática que suele adornar a no pocas publicaciones misceláneas, pues en un libro como éste la pluralidad es la ventaja, o, mejor dicho, es la metodología, si se quiere entender el peso de la memoria en unos engranajes imperiales que iban mucho más allá de consejos o antesalas de virreyes.

La propuesta de los editores de dilucidar los mecanismos de génesis memorial como etiológicamente centrales a las dinámicas sociales y políticas de la Monarquía requiere para su comprobación de visitar múltiples lugares, múltiples medios y no menos actores. En una panoplia tan amplia que cubre los conflictos intrafamiliares en la casa imperial mexicana ya incorporada al orden nobiliario hispánico (Bautista y Lugo), pasando por la necesidad de hacer la historia de las grandes y medianas localidades (Rodríguez Gálvez) hasta los recuerdos interesados de Lady Ann Fanshawe en sus experiencias peninsulares (Sumillera y Sánchez-Montes González) queda claro que a la hora de presentarse a partir de las experiencias el pasado resultaba flexible. Como indica Lozano Navarro en el texto donde analiza cómo cada cual se posicionó

ante un intento de asesinato dentro de la Compañía de Jesús, las memorias tienen mucho de interesadas al colocar el foco sobre el elemento que resulta más oportuno para quien las produce. Una selección más o menos arbitraria más o menos consciente que, como no deja de señalar Schaub, implica olvidos y al hacerlo cambia en sí misma la jerarquía de los hechos y las posibilidades de su interpretación y análisis. Sobre estos elementos ha trabajado, y no poco, la crítica literaria tradicional, pero ahora los historiadores no sólo pueden entenderlos, sino comprender a través de esas dinámicas la sociedad que los produjo.

Las diversas concepciones del pretérito, próximo o muy lejano, van a ser conjuradas para justificar explícitamente identidades, conductas y saberes profesionales. Las sombras invocadas para ello pueden proceder de la Antigüedad clásica o de las anteriores generaciones, como sucederá con los tratadistas militares tardobarrocos trabajados por Jiménez Estrella. La definición de un saber profesional, y de una identidad como pláticos de la materia, muestra como los elementos de la memoria, en tanto que afirmación autorizada de la experiencia compartida, servía también para consolidar, definir y significar el honor colectivo que se reclamaba por los integrantes de las corporaciones modernas. El caso de diario de Jean Hendrick, desplegado por Hernández Pérez en relación esencialmente a la función militar del ciudadano como fundamento del derecho de burguesía, resulta claro, y

marca hasta qué punto los vecinos de las villas de Artois construían su estatuto al leer sus prácticas defensivas contingentes desde una cultura urbana firmemente asentada.

Estudiar la memoria pone al descubierto los complejos engranajes de la identidad moderna. La lectura simultánea del trabajo de Bautista y Lugo, del de López Guzmán, éste sobre la nobleza de origen inca, y el de García Benítez, sobre Jerónimo de Torres y Portugal, refuerza la impresión desarrollada en la historiografía reciente sobre los complejos mecanismos de articulación de la sociedad moderna. Puede existir una memoria de corporación familiar, territorial o institucional asumida por el conjunto, y es particularmente operativa cuando da réditos a una parte sustancial de la corporación, pero ante los conflictos internos o ante los cambios contextuales (de tiempo, pero también de espacio), dicho discurso, sin desaparecer, se declina de manera competitiva por cada uno de los sectores implicados. Se resignifica o, incluso, se matiza. El pasado adquiere así la función especular de un presente complejo y, como él, cambia si es preciso, pero siempre dentro de unos límites. Un ejemplo de esto son las reflexiones de Favarò sobre el peso del relato de Balbi de Correggio respecto al sitio de Malta de 1565.

Nada hay por lo tanto para la memoria menos muerto que lo muerto, pues su invocación a la vida le permite cambiar, crecer, reproducirse y volver a

morir en un discurso del presente que, desertando el campo de la historia y de la comprensión, lo requiere para redefinirlo, no es que el pasado no pase, es que se le requiere para inventarlo y ese pasado, de alguna manera, se vuelve a vivir. No es este para los actores históricos un ejercicio libre, dado que las transformaciones tienen una maleabilidad limitada y se hacen asumiendo bases que pueden haberse consolidado o fosilizado hasta el punto de adquirir el sentido de ser verdades sociales. Ésta se nutre de diversos proyectos y relatos, de experiencias múltiples y de puntos de vista diversos como muestra el maestro Bernard Vincent en el magnífico trabajo que incluye este volumen sobre la consolidación de la figura de Juan de Dios como personaje y como santo, en un proceso, nunca mejor utilizada la palabra, colectivo donde se habría de movilizar a casi noventa testigos cuyas opiniones se refinaban, acumulaban y priorizaban dependiendo de los intereses de los juaninos y de sus rivales. El punto de llegada de estas memorias convertidas en verdad social y pronto en percepción popular resultó una imagen nítida y anclada en el tiempo por el éxito de la hagiografía y del reconocimiento pontificio. Articulaciones similares, aunque no esta magnitud o complejidad, se identifican en la forja como personaje de otra persona, trabajada por López Guadalupe Muñoz, muy ligada a la ciudad del Darro como fue don Luis de la Paz.

La riqueza de este libro y de sus propuestas, más allá de su valor

individual, reside en mostrar que el estudio de la memoria es una vía de análisis global que rompe los límites de la historia cultural clásica y que reclama insertarse en las metodologías que sitúan su foco en otros elementos. Un trabajo como éste fuerza a preguntarse elementos centrales sobre los mecanismos de cambio del relato del pasado y de la aceptabilidad social de los mismos, de la jerarquía de los saberes y de la capacidad

de imponer o no una memoria... y a reflexionar hasta qué punto este tipo de dinámicas tenían características propias en los mundos ibéricos y en la Edad Moderna que lo singularizaban de otros periodos o espacios. Caminos quedan abiertos, caminos que transitan a partir de un volumen tan interesante como éste.

José Javier RUIZ IBÁÑEZ 
Universidad de Murcia